

HOMILIA CON MOTIVO DE LOS VEINTICINCO AÑOS DE VIDA EPISCOPAL DEL EXCMO. MONS. ROBERTO LÜCKERT LEON, ARZOBISPO DE CORO, A CARGO DE MONS. BALTAZAR ENRIQUE PORRAS CARDOZO, ARZOBISPO DE MERIDA. Catedral de Coro, 29 de junio de 2010.

En esta hermosa tarde coriana, el pueblo fiel se reúne para entonar un cantar entre cardones y tunas. Hoy celebramos la fiesta de los príncipes de los apóstoles y nuestra mirada se levanta hacia Roma desde donde el sucesor de Pedro guía la barca de la Iglesia, vínculo de la unidad, la caridad y la paz.

Aquí en este mismo lugar se erigió el primer templo catedralicio del continente suramericano y el nombre de Pedro se hizo carne y hueso en la figura de Clemente VII, creador de este obispado. Desde entonces, hace cuatrocientos ochenta años, se han desgranado los nombres de los Sumos Pontífices, Clementes, Pablos, Benedictos, Píos, Gregorios, Leones, Juanes y Juan Pablos, hasta hoy en la persona de Benedicto XVI.

Aquí, en esta joya del arte colonial y del tesón creyente de los moradores de estos parajes, se ha orado por el Papa y dado gracias por la fe católica que sembraron nuestros mayores, en esta tierra árida pero fecunda para todo lo bueno y noble, como lo es el mensaje del Señor Jesús.

Ejemplar ha sido la paciencia y constancia de los falconianos en reclamar para sí una sede episcopal desde que en el siglo XVII fuera trasladada a Caracas. La documentación que atestigua aquellas solicitudes a los soberanos hispanos y a los Papas en los siglos XIX y XX son un bello y fehaciente testimonio de comunión eclesial que anhela y busca en los sucesores de los apóstoles descubrir al Señor Jesucristo presente en medio de los fieles (Lumen Gentium 21).

0000000

A esta profesión de fe se une hoy otra experiencia viva del misterio de la fe. La palabra de Dios que acabamos de escuchar, se cumple también hoy, como en la sinagoga de Nazaret, en la persona del pastor de esta grey coriana. Mons. Roberto Lückert se ciñe la preseña argéntea de veinticinco años de servicio episcopal. Venimos con alegría a beber en el pozo del evangelio anunciado por él que no es de origen humano, pero que con la fuerza del Señor lo ha anunciado íntegro, de modo que lo oigan todos, como nos lo recuerdan las lecturas de la liturgia del día (segundas lecturas de la liturgia de la fiesta).

A decir verdad, abrigaba el anhelo de ser el predicador de esta tarde para rendir tributo a la verdadera, perfecta y constante amistad que, en palabras del beato Elredo, *no se deja corromper por la envidia ni se enfría por las sospechas* (2ª lectura del oficio del miércoles de la XII semana del t.o.). Mons. Roberto y un servidor somos compañeros estrictos de curso desde hace medio siglo cuando coincidimos para iniciar los estudios de filosofía en el Seminario Interdiocesano de Caracas. Albergaba seminaristas de todas las regiones del

país, bajo la estricta disciplina de los Padres Eudistas y la excelente formación académica de aquellos abnegados formadores.

Corrían tiempos recios, eran los inicios del gobierno democrático de Rómulo Betancourt. La guerrilla urbana, los debates ideológicos, las burlas y escándalos sobre la Iglesia, estaban a la orden del día. Nos fogueaban en las continuas charlas de formación social, política y religiosa que nos daban hombres de renombre y de amplitud de miras. Las convicciones profundas, la forja de virtudes que dan constancia y coraje, se fraguan en la adversidad y en las contradicciones. De allí el agradecimiento perenne a quienes moldearon nuestro ser cristiano y sacerdotal.

La revista Vínculo, órgano de divulgación de la vida del Seminario y yunque para el aprendizaje del estilo y el buen decir y escribir, de la que ambos fuimos miembros del equipo editor, gozaba de amplia aceptación en colegios y liceos capitalinos por los resúmenes de las tesis de bachillerato que se ofrecían en las páginas centrales. En ese modesto taller aprendimos a redactar, escribir, corregir, editar y compartir inquietudes y proyectos.

A los ojos inquisidores de nuestros superiores que no dejaban escapar ningún error lingüístico, gramatical o de diseño, nos introdujeron en el difícil y apasionante arte de los talleres gráficos los españoles dueños de la prestigiosa imprenta Cromotip, donde se editaban las mejores publicaciones y revistas de entonces. Nuestra revista la editaban más por cariño hacia nosotros, que por provecho económico, pues era una hormiguita al lado de las lujosas y hermosas ediciones de Farol o las revistas de diversas dependencias oficiales.

Esta responsabilidad editorial y de difusión que era nuestro trajinar pastoral semanal, nos introdujo en ambientes de frontera, de confrontación y de horizontes amplios en los que se superan miedos, se dialoga con quienes no piensan como uno y obligan a buscar consensos para caminar con quien sea, sin distingos de ninguna especie. Esa juvenil experiencia se convirtió en una escuela invalorable que a lo largo del tiempo ha marcado nuestras vidas.

De entonces a acá, la amistad sincera se ha visto enriquecida con el ejercicio sacerdotal y episcopal, en responsabilidades distintas en el tiempo y en el espacio; pero todas ellas nos han servido para amalgamar más y mejor el compartir cuitas y anhelos, tareas, problemas, tropiezos y éxitos. Se cumple así plenamente la palabra del Eclesiástico: *el amigo fiel es un apoyo seguro, quien lo encuentre ha encontrado un tesoro* (Ecco. 6,14).

000000

La liturgia ordena que la homilía debe ceñirse a lo que la Palabra que se proclama trasmite. Toca al predicador actualizarla a la luz de los acontecimientos que congregan a la comunidad creyente, las bodas de plata episcopales del Arzobispo del lugar. Me sorprende encontrar muchas coincidencias en las personalidades de Pedro y Pablo con mi hermano

Roberto. Con el perdón de los exégetas no es una exageración ni un panegírico.

Leemos en el Concilio Plenario de Venezuela que *el pueblo ama y respeta a sus obispos por la dedicación, generosidad y entrega a su labor pastoral. En su afán por atender mejor a su grey, los obispos han procurado conocer de cerca al pueblo cristiano y sus ministros* (OPD, 18). Es un vivo retrato de nuestro homenajeado. Quién en Maracaibo, la antigua Diócesis de Cabimas o en Falcón no han visto a Mons. Lückert visitando los barrios, los pueblos y caseríos más alejados, los rincones intrincados del Sur del Lago o de la Serranía de San Luis; departiendo en las escuelas, liceos e instituciones oficiales; llevando consuelo a enfermos y ancianos, predicando sin descanso la palabra de Dios. Con tiempo para departir con los amigos y sentarse a la mesa del pobre y del que tiene sin remilgos ni afectación.

Leo en un ameno comentario al santoral que, *esto de que a los apóstoles se les vea tan cercanos a nosotros nos da, de verdad, muchísimos ánimos. ¡Qué gozosa confianza, qué tranquilidad pacífica, qué soberano consuelo saber que, a pesar de mi mismo, como yo no puedo alcanzar a Dios, Él me alcanza siempre a mí y me hace tan débilmente fuerte, tan sobrenaturalmente natural y tan humanamente santo como a Pedro y a Pablo!* (Manuel Amezcua Morillas. Santoral: Iglesia en camino. Granada, 2004. 29 de junio).

Pablo manifestó siempre orgullo de ser natural de Tarso y judío de corazón. Nuestro hermano jubilar es una curiosa mezcla de prusiano luterano con católica trujillana, nacido y criado en el Zulia. Marabino y maracucho por los cuatro costados. Esa impronta familiar es un sello indeleble de su personalidad. Abierto, sincero, dicharachero, sin dobleces. ¿Quién no se siente cercano cuando entra en contacto con Mons. Roberto? Hasta el Papa Benedicto sonrió complacido ante las ocurrencias llenas de alto contenido pastoral en la última visita ad limina del año pasado. Fue necesario que el Secretario del Sumo Pontífice le tradujera o le explicara las frases salpicadas de expresiones coloquiales a las que asintió complacido el Papa teutón con el que se sentía vecino por la sangre berlinesa que corre por sus venas.

Su palabra es siempre cordial, directa y afectuosa. Posee, además, esa rara virtud del dominio lingüístico y la certera imagen plástica para decir las cosas comprensibles, con pegada de excelente publicista. Su vasto conocimiento del mundo comunicacional hace que sus declaraciones sean exquisito bocado para primeras páginas. Son muchas las anécdotas que corren de boca en boca y se cuentan con hilaridad. Como la vez que tuvo que cambiar un caucho en plena carretera y fue auxiliado por unos jóvenes que después de montarle el repuesto, le ofrecieron una cervecita. La aceptó gustoso y mientras les dijo que él era el arzobispo de Coro. Uno de ellos, con buena chispa de humor le ripostó: si con una se cree arzobispo, con otra nos dirá que es el Papa.

Sus homilias conectan con la vida, con la situación concreta. Es el primero y principal entre los oficios del obispo, el ministerio de la predicación, *porque son poco útiles las reglas generales si no se desciende a las concretas* (Fray Luis

de Granada). Son comentadas las que hace en ocasión de la recepción de los sacramentos y en las visitas pastorales.

Son muchos y constantes los peligros en el ejercicio del ministerio episcopal. Una faceta poco conocida porque no se publicita es el servicio que presta a la Iglesia toda el arrojo de Mons. Roberto. Cuántos presos políticos reciben el bálsamo de su presencia en los lugares de reclusión. Horas de paciencia, de aguante, de negativas por parte de las autoridades, pero al final, ahí está él, para llevar el consuelo a los detenidos y a sus familiares. Es una de las obras de misericordia más difíciles de cumplir pero que dejan el sabor de entregarse por entero a la vocación recibida. Es lo que la Carta a Timoteo leída hace unos minutos señala: *El Señor me libró de la boca del león. El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo. A él la gloria por los siglos de los siglos.* Este servicio se completa con el trabajo en compañía de numerosos agentes pastorales seculares en la conducción de la pastoral social tanto en su diócesis como desde la Conferencia Episcopal.

En cada situación límite, cuando se anuncia, denuncia o acompaña las angustias y esperanzas de la gente se va creciendo en la vocación que gratuitamente recibimos de nuestro buen Dios. El lema episcopal de nuestro querido arzobispo reza así: *Me desprendo de mi vida para tomarla de nuevo.* Cuán cierta es esta máxima que se amasa cada día en la oración, la privada y la pública, en el acompañamiento a todos los colaboradores, en la búsqueda de diálogo hasta con quien rehúye de él.

Nos sirve para este momento de oración gratulatoria recordar a Fray Luis de Granada en su tratado sobre el oficio y costumbres de los obispos: *Todo pastor sensato que ama el bien de su iglesia sobre todo, que procura que el Señor no le impute la pérdida de sus ovejas, que antepone la gloria de Dios, a quien representa, a todo interés personal, mantenga firmemente estos fines y compórtese como un muro de bronce, como una columna de hierro y aun de diamante. No ceda a silbos de los aduladores, ni a los obsequios de los vasallos, ni a la pasión de los parientes, ni a los ruegos de los amigos, ni finalmente, a las presiones de los poderosos, ofendiendo tan mezquinamente a la Iglesia que anteponga los indignos a los dignos* (Obras Completas, tomo XV, p. 225).

Otra preocupación permanente de Mons. Lückert ha sido y es, el cuidado de sus sacerdotes. Su fineza en los casos de quienes están en problemas o dejan el ministerio es encomiable. Sólo Dios sabe lo que ha hecho por tantos, -los que están bajo su cuidado como por los otros, porque nadie le es ajeno-, a lo largo de su vida sacerdotal de nueve lustros. Prefiero dejarlo en la intimidad de la oración para que el Señor justo juez le conceda en su momento el premio merecido.

Son muchos los que ha llevado al Seminario y no pocos los que han coronado con el sacerdocio sus afanes. La promoción vocacional en Maracaibo, Cabimas y hoy en Coro, hablan por sí solas. Lo rodea un presbiterio joven y entusiasta por el que trabaja cada día con entusiasmo. Lo mismo podemos afirmar de las vocaciones femeninas y de la promoción laical. Más que una obligación es la

suave carga que pesa sobre sus hombros de obispo y padre. Es la recomendación de San Juan de Ávila al explicar que la relación obispos-sacerdotes se basa en la caridad, como formando una familia. *Tendrán mucha gloria, dice el santo, en tener hijos sabios y mucho gozo y descanso en tener hijos buenos, y gozarse ha toda la Iglesia con buenos ministros* (Diccionario de San Juan de Ávila. P. 666).

El Evangelio de hoy trae el episodio de Pedro confesando que Jesús es el Mesías y la promesa del Señor de que todo lo que ate y desate en su nombre quedará atado y desatado en el cielo. Se une esta perícopa a la de la vigilia en la que Jesús le pregunta a Pedro si lo ama de veras.

Hoy es día de alabanza y acción de gracias por el ministerio episcopal de Roberto buen pastor. Es buen pastor quien va delante de las ovejas por el ejemplo de su bien obrar, según la máxima de San Gregorio Magno: *largo camino el de la palabra, breve y eficaz el del ejemplo*. Otra acción del buen pastor es el de dar la vida por las ovejas. Lo asumió como norma en su escudo episcopal. Su oficio no es dominar, sino servir, lo cual exige un hombre trabajador, no ocioso. Buen pastor es, en fin, *quien saca a sus ovejas de las tinieblas de la ignorancia a la luz de la verdad, de la sordidez de sus vicios a los pasos saludables de las virtudes celestiales, de los caminos de iniquidad a la rectitud de la justicia*, como nos lo prescribe el *Espejo de Pastores* del Arzobispo de Toledo, Fray Bartolomé Carranza.

Todo ello lo vemos reflejado hoy en nuestro hermano Roberto Lückert León. Somos poco dados a reconocer las virtudes en quienes tenemos a nuestro alrededor. Sin embargo, en esas vasijas de barro se nos manifiesta el misterio de Dios encarnado. Como Pedro y Pablo, con lunares y sombras, pero cargados con la luz esplendorosa de la gracia, son los pilares sobre los que se cimienta nuestra fe; hoy, en uno de sus sucesores se hace presente también el misterio de la gracia.

Bendice, Señor, a tu siervo Roberto. Quien ha hecho de la amistad, a Dios y al prójimo, una máxima evangélica, lo cubra la devoción tierna que tiene a nuestra madre amantísima, María. Bajo la advocación de Chiquinquirá aprendió a quererla; hoy, bajo el patrocinio de Guadalupe, patrona de esta iglesia particular de Coro, le canta sus loores. Con estos versos de Juan de Enzina lo confiamos a tu cuidado: *Ya no quiero tener fe, / Señora, sino con vos, / pues que sois Madre de Dios. / Sois Madre de Dios y mía, / sois el fin de mi esperanza, / sois mi placer y alegría, / sois mi bienaventuranza.*

Hermanos, volvamos al altar. Con el pan y el vino, y con el buen hacer del pastor de esta porción de la Iglesia, se mezclen nuestras plegarias por el gozo de tener un buen pastor. Amén.